

LA MUJER EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Conferencia dada recientemente en el Salón de los Luises, en Madrid,

por el General D. Jose Gómez de Arteche

SEÑORAS:

No váis á oír hoy la voz elocuentísima de algún sabio prelado, insigne repúblico ó filósofo, como los á quienes días atrás escuchásteis disertar aquí sobre las excelencias de la *Mujer* en su misión providencial sobre la tierra. El empeño, harto halagador para mí, de uno los conspicuos varones que presiden á ésta vuestra Asociación, podía tan solo decidirme á aceptar el encargo de dirigiros la palabra; palabra, empero, cuanto desapacible, ruda, la de un soldado, atento, entre tantos otros oficios, rudos también, á describir los trances de la guerra con su obligada secuela de fuego y sangre, desolación y muerte.

Pero si aún cupiese, atendiendo á la más vulgar idea de la modestia, el resistir tan galante invitación por el temor, harto justo, á un tremendo fracaso, muéveme á arrostrarlo otro deber, además del de la cortesía, el que me impone la memoria de mi excelente madre, ¿cómo quereis que la llame? santa y adorable madre, inspirándose en la abnegación, propia, eso sí, de su sexo, al animarme á una jornada, si ineludible por su carácter especial, llena de peligros, pero grata, en cambio, á sus sentimientos profundamente católicos.

Algo encuentro yo, al invocar ese recuerdo y el del servicio á que aludo, que disculpa también mi atrevimiento de hoy al dirigirme, en

las pocas palabras que voy á pronunciar, á la *Mujer heroica*; creyendo que han de captarme ante vosotras la benevolencia que necesito y más todavía, las simpatías que no puede menos de provocar el cumplimiento de ambos deberes, el de la gratitud que me trae aquí, y el del objeto que me lo impone.

Porque yo soy el único superviviente de dos oficiales enviados por el gobierno español á Roma, á fin de preparar con su estudio y sus noticias la gloriosa expedición militar destinada en 1849 á restablecer el Solio Pontificio en la capital del Orbe Católico, derribado por tan fiera, tan impía y bárbara revolución como la que arrojó de él al venerable Pío IX, de memoria imperecedera y santa.

Y ¡rara coincidencia que, por otra parte, me obliga más y más en ésta para mí extraordinaria ocasión!

Quien me ha dispensado el honor de invitarme á esta conferencia, es el primogénito del gran estadista é historiador insigne, de aquel orador que llegó á conquistar de la opinión el epíteto de *Hércules del Parlamento*, y fué el autorizadísimo órgano de nuestro gobierno para las negociaciones diplomáticas que produjeron la alianza de las cuatro Potencias que llevaron á SU SANTIDAD á su propio y legítimo asiento en la silla de San Pedro.

A favor de esa intervención, Pío IX volvió al Vaticano para, por providencia divina, dirigir todavía largos años la excelsa nave que, aun combatida y todo sin cesar, ha resistido y resistirá eternamente los más recios huracanes, siendo el faro, guía y salvador, de la Humanidad en el universo entero.

Y hay que decirlo y proclamarlo en honor de nuestra hoy calumniada patria, antes tan gloriosa y aun temida: España, la que, cuando las naciones más poderosas veían tambalearse ó caer sus tronos á impulso de la aterradora revolución que en 1848 conmovió la Europa toda, supo mantener el de su augusta é inolvidable soberana; España fué la iniciadora, el agente primero, más activo y desinteresado en la obra grandiosa de la restauración del Solio Pontificio en Roma. Decláranlo así documentos irrefutables por su carácter oficial, la confesión espontánea de los más caracterizados estadistas y de escritores franceses, interesados en esa cuestión que tanta sangre costó á las tropas de su país. El barón Alfonso de Balleydier escribía al ilustre general D. Fernando Fernández de Córdoba, jefe de nuestra división de Italia, que *España había sido la nación católica á quien pertenecía el*

mérito de la iniciativa en la restauración del Pontífice. Esto, como ese francés, lo reconocen cuantos rinden culto á la verdad, confirmada, si hiciese falta, en el protocolo consignado en las conferencias de Gaeta.

Perdonad, Señoras, este preámbulo, que si tiene alguno de los rasgos característicos del *Yo Satánico*, dignos siempre de reprobación, ofrece, en cambio, la confianza de que, de soldado y todo, no han de herir mis palabras vuestros sentimientos de españolas y cristianas, admiradoras, además, de algunas de nuestras compatriotas que, inspirándose en esos mismos móviles de vuestra alma, los llevaron hasta el heroísmo por su virtud y su abnegación en servicio de sus semejantes y de la Patria.

Aunque soldado, repito, y aun vehemente en las pasiones á que arrastra el tráfico de oficio tan dado á provocadas, ya que no me sea dable ilustrar vuestra inteligencia cual mis sabios predecesores en esta cátedra, procuraré interesar vuestro corazón, todo ternura, paz y abnegación.

El espiritualismo, sin embargo, en la mujer eleva sus sentimientos de piedad, fé religiosa y amor á la familia, hasta unirlos al del hogar que acaba por confundir con el de la Patria.

Matria, la llamaban los griegos; y no es de extrañar, según la naturaleza, la índole y los deberes de la maternidad que hacen á la mujer participante íntima de los destinos de la nación en que ha nacido, crece y se multiplica. Esclava de esos sentimientos nobilísimos, constituyese la mujer en vehículo para afirmarlos en el hombre y transmitirlos a sus hijos, y con tal virtud y eficacia, que está probado uno que parece fenómeno inexplicable, el de cuanto más enérgico es el hombre, más fácilmente se doblega á la voluntad de la mujer, si la ama, por supuesto, y ella, sobre todo, lo merece.

Un distinguido catedrático de la Universidad Central, define así los caracteres de la mujer española: «Pintan las antiguas historias á la mujer ibérica compañera fiel del hombre; celadora de la honestidad; en los rigores y trabajos dura y esforzada; más engreida de sus virtudes que de sus joyas; temerosa de los dioses, y en el amor de la patria, heroica hasta la muerte». Y como el carácter español, digo yo, se ha mantenido a través de los siglos constante y asimilador, a punto de que ni cartagineses, ni romanos, ni godos, ni árabes, lograron desviarle hacia sus leyes, usos y costumbres sino mientras dominaron el

territorio, y menos todavía hacia su manera de ser, por atractivo ó autoritario que pareciera en unos, por soberbio y aun bárbaro en otros; de ahí el que en la mujer española de estos tiempos deban considerarse esas mismas cualidades que se atribuyen á la de las primeras edades históricas.

No en vano pasa el tiempo, ni éste basta á contener los arranques de la inteligencia humana hacia el mejoramiento del bienestar, del estado social y constitución de los pueblos; podrán modificarse en parte sus leyes y costumbres dentro de ellos mismos ó importadas de otros más adelantados, más corrompidos ó diestros; pero eso que se llama la idiosincrasia, esto es, la índole, el temperamento en el hombre, permanecerá siempre indeleble en su corazón como en su alma. Y eso puede fácilmente observarse en casi todas las nacionalidades que pueblan nuestro continente europeo, aun siendo el que más invasiones ha sufrido y de influencias más variadas, donde los franceses y alemanes, por ejemplo, entre otros, guardan el carácter de los galos y germanos, aunque nadie como los españoles el de sus antecesores; idea de fácil comprobación con la lectura de César, Tácito y demás historiadores antiguos que los describen leal y felizmente en sus escritos.

Así, pues, la Mujer española puede con justicia alardear de, fuera de su mayor ilustración, usos más cultos por consiguiente, y de su indumentaria, haber conservado las más interesantes cualidades que el docto catedrático Sr. Brieua ha atribuído á la mujer ibérica en una conferencia dedicada á las damas granadinas en 1894.

No tendrá, de seguro, la mía el éxito, como no tiene el mérito tampoco que obtuvo y mereció la de mi sabio y excelente amigo.

Yo no voy á generalizar el concepto de la mujer española en todos los rasgos que la caracterizan; yo voy á tomar en cuenta y traer á vuestra memoria sus cualidades sobresalientes de ferviente católica y tan enérgica en la defensa del solar patrio como en la de su fé religiosa. Y para no cansaros con la relación de esas sus principales virtudes, desplegadas tan brillantemente en las ocasiones más solemnes que la ofrecieron la antigüedad que pudiéramos llamar clásica y la edad medioeval, voy á recordárosla tal cual se mostró en la que hemos dado en calificar de nuestra más brillante epopeya, la de la guerra de la Independencia.

Con pena se dejan así como olvidadas, las mujeres de Sagunto, de Numancia, Astapa y Calahorra que, después de defender, cual hom-

bres, sus hogares, se arrojaron con ellos y con sus hijos y preaseas á las llamas, prefiriendo morir en ellas á caer en poder de los invasores sus enemigos. Déjense también las heroínas de Orihuela, aunque más afortunadas, salvando su ciudad y su propia honra de la morisma, como después las de Galípoli con el tan celebrado Montaner, su gobernador y cronista, derrotando á los imperiales de Andrónico para luego por entre ellos, turcos y griegos, abrirse paso hasta encumbrarse á la Acrópolis de Atenas. Ni las muchedumbres de Theodomiros, ni las de los Almogábares en su incomparable expedición, parecían suficientes para hacer perdurable la memoria del valor de los españoles; era, sin duda, preciso que sus mujeres dieran tan elocuentes ejemplos para que las de Jerusalén no pasaran por ser las únicas dignas de premio tan soberano como el de la inmortalidad. Pero ¿qué más? no intento tampoco detenerme en el recuerdo de las perínclitas matronas españolas que con extraordinario valor, fe ardiente y excepcional energía, dirigieron la gobernación de nuestros reinos en épocas, precisamente, en que el fraccionamiento geográfico, las rivalidades de los príncipes, nuestra discordia ingénita, por fin, y la indisciplina de las clases todas, hacían tan difícil como peligroso su manejo, ante enemigo, sobre todo, que, aun dividido también é inspirado por esos mismos sentimientos, llevaba siglos y siglos de ocupación de nuestro suelo. La hija del rey Monje, D.^a Petronila, en Aragón, D.^a Berenguela, en Castilla, y D.^a María de Molina; pero sobre esas y excediendo á todas las de la cristiandad en virtudes y talentos, en valor y habilidad política, la incomparable Reina Católica D.^a Isabel, no sólo dejaron un nombre que la historia conmemorará en sus fastos más gloriosos, sino que han asegurado en nuestra patria el ejercicio de la realeza en su sexo, haciendo desechar leyes exóticas que se nos querían imponer, y resistir pretensiones, en tal concepto, temerarias é injustas

(Se continuará)



—¿Pare qué?

—¡Voy á aplaudir!

—¿Y eso?

—Voy á aplaudir, y con fuerza, para que el mar lleve el ruido de mi aplauso, allí lejos ¡á Inglaterra! Todo para Guetary. El tenor ha hecho lo que nadie, su triunfo es incomparable. Ha trasladado su país, con sus montes, con sus valles y con sus caseríos, el Hernio, el Jaizkibel, el Buruntza, todo lo que es Basconia; y allá han sido recibidas nuestra lengua con todo respeto y su música, y ambas han sido oídas, admiradas y aplaudidas; el éxito es de todos, de todos los euskaldunas.

Laztan aundi bat, Guetary.

FRANCISCO LÓPEZ ALÉN

LA MUJER EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Conferencia dada recientemente en el Salón de los Luises, en Madrid,

por el General D. José Gómez de Arteche

(CONTINUACIÓN)

Nada de eso; yo voy á ofreceros el espectáculo de algunas tan sólo, heroínas de los que pudiéramos llamar nuestros tiempos, en que, á pesar de no vestir las galas de la antigüedad y de no mostrarse rodeadas del ambiente embriagador del romanticismo que enaltece y agiganta las figuras que en él se envuelven, han de ser, al presentáros las, objeto de vuestra admiración y entusiasmo patriótico.

El grito de ¡Nos lo llevan! proferido en el patio de Palacio por una anciana, cuyo nombre deja la Historia en olvido harto lamentable, arranca de los madrileños la resolución de resistir la salida del Infante

D. Francisco para Francia, dictada por el fastuoso Murat, gran duque de Berg. Y aquel acento dolorido y triste, enciende nuestra imperial villa en fuego y sangre, y se extiende por doquier el DOS DE MAYO, para tener su eco en la así histórica aldea de Móstoles, transmitido por la leyenda con estas tan aterradoras como elocuentes frases:

Madrid perece víctima de la perfidia francesa.

Españoles, acudid á salvarlo.

España toda, con efecto, acude á tan marcial llamamiento; y, con Madrid y Móstoles, lanza el guante al rostro del grande Emperador de los franceses, reto cuya lucha aun temeraria é incomprensible para la vencida Europa, durará años y años hasta conducirle á la solitaria roca en que, nuevo Prometeo, perecerá devorado por el roedor de sus fracasadas ambiciones.

El DOS DE MAYO, pues, si es, como he dicho en otra parte, el arranque de un pueblo excitado á la sublevación ante el espectáculo de la religión nacional escarnecida, de la monarquía legítima esclavizada y de los fueros populares atropellados, presentándose, creciendo y desarrollándose para el mantenimiento de tan venerados objetos y, cuando no, para vengarlos en la cabeza de sus enemigos, reconoce su explosión en aquel grito que, senil y todo, puede ser, como el parte del alcalde de Móstoles, la *chispa eléctrica que incendió á Europa y la purificó de tiranos* Sí: la chispa eléctrica que, insiguiendo la patriótica idea de nuestro egregio Vargas Ponce, corrió rauda por todos los ámbitos de la Península, hasta en Asturias despertar á los héroes de Covadonga para, como antes contra la morisma, pelear sin tregua ni descanso con las legiones del nuevo César hasta arrojarlas del suelo patrio.

No correspondieron los efectos del DOS DE MAYO al que esperaban los madrileños. Salió así como desatendida la reina de Etruria, á quien había sustituido en Toscana aquella célebre *Pauline*, la cuñada de Murat, que dice Taine era la mujer más hermosa de su tiempo y rival de Messalina en el abuso de sus encantos; y aun cuando aquel día no partió de Madrid D. Francisco, lo verificó el 3, seguido de su tío el Infante D. Antonio. Pero en aquella infausta, bien que gloriosa jornada, se vió á las madrileñas emular con los hombres en la manifestación de su patriotismo, ya, cual ellos, peleando, ya proporcionándoles armas, municiones y víveres, ya, en fin, revelando que la Nación española estaba pronta á todo género de sacrificios por su propio honor y el de sus soberanos.

De sus soberanos, sí; que no hay pueblo que haya hecho manifiesto su espíritu monárquico con la elocuencia que el español en las más difíciles y, de consiguiente, solemnes ocasiones; y no ha sido la mujer quien haya quedado atrás en la expresión pública, paladina de ese sentimiento, no sin riesgo, a veces, de ofensas tan valerosa como cristianamente contestadas. Felipe V obtuvo pruebas de eso en la conducta de las madrileñas para con su competidor; las tuvo Fernando VII en las varias difícilísimas circunstancias de su tan discutido reinado; y en días todavía recientes, Alfonso XII, el incomparable joven que aún lloramos, fué recuperado para España, no ya sólo con el aplauso de todos, sino que haciéndose también sentir la influencia en su favor de la mujer española, la de muchas quizás de las damas que me estáis oyendo.

No sin razón seria y probada os hablaba hace poco del influjo de la mujer sobre el hombre al ejercerlo por buena causa y con sana y legítima intención.

Valencia fué otro de los pueblos en que se pusieron de manifiesto esos mismos sentimientos que hacen la gloria de Madrid.

Mancháronlos, empero, algunos de sus habitantes con excesos que la humanidad, la moral y el mismo patriotismo que se invocaba para cometerlos, tienen que reprobare, aun siendo pocos días después con alta y reparadora justicia castigados.

«Una turba de haraposos, he escrito en otra parte, de lo más soez y miserable, inicia el pronunciamiento de Valencia, declarando la guerra al omnipotente Emperador. Aquélla, la más insignificante parte de la plebe valenciana, hace, sin embargo, lo que las astillas aplicadas á la hoguera; comunica el propio fuego en que arde á la masa general de los habitantes, desde los que nada tienen que perder y están, de consiguiente, prontos á cualquier turbación, hasta las clases más elevadas.»

(Se continuará)



LA MUJER EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA



Conferencia dada recientemente en el Salón de los Luises, en Madrid,

por el General D. José Gómez de Arteche

(CONTINUACIÓN)

Nacido así el lanzamiento y considerándose, también así, desairadas las autoridades, tenía que tomar plaza en él la discordia para, aflojando los resortes de unión, más que necesaria en situaciones tan críticas, desvirtuar sus efectos, ya que no anularlos antes de hacerlos eficaces y salvadores. Y esas autoridades temblaron ante la idea del poder central, dirigido, aunque de lejos, por hombre como Napoleón, las consecuencias de cuya ira les eran conocidas; por lo que mientras contemporizaban con los patriotas, ante quienes parecían humillarse, procuraban entenderse con Murat, ofreciéndole la más absoluta sumisión y la seguridad de obtener la de sus administrados.

Ese doble papel, ese juego, tan peligroso como torpe en el estado de efervescencia en que se hallaban los ánimos en Valencia, hubiera tenido las consecuencias más funestas sin la valiente al par que generosa intervención de una ilustre dama, la señorita Pilar Osorio y La Cueva hija del general Conde de Cervellón, prócer de los más influyentes en la ciudad del Turia. Como que en las conmociones ocurridas en aquel reino al intentar Godoy establecer las Milicias, el noble Conde había logrado atajar las ejecuciones que estaba ya practicando la Sala del Crimen de aquella Audiencia, interponiendo su influjo per-

sonal en la Corte, á la que se trasladó en posta horrorizado de tan despóticas medidas. La casa del conde, con eso, con haber él obtenido el nombramiento de general en jefe del ejército allí levantado en espera del francés, que ya se anunciaba, á las órdenes del mariscal Moncey; con haberse hecho garante del estandarte real destinado á las proclamaciones de los soberanos, que se depositó en su morada por desconianza á que fuese substraído del palacio consistorial; la casa de Cervellón, repito, con todo eso y todavía con haberse depositado en ella los cuantiosos fondos que debían salir ó estaban ya en marcha para Madrid, era á la que acudían en Valencia los alborotadores, por un lado, con sus reclamaciones, como, por otro, los perseguidos en busca de un refugio que se consideraba seguro.

A ella fué así á parar el duplicado de los partes que el capitán general y el Real Acuerdo daban al Consejo de Castilla y á Murat de los acontecimientos más recientes de Valencia y la exposición de la necesidad de que se les enviasen de Madrid fuerzas con que reprimir un movimiento que ya ofrecía caracteres muy serios y alarmantes. Sospechado, acaso, ó por avisos que se le hubieran dado, el pueblo rodeó la casa y, asaltándola luego, exigió la apertura y el escrutinio de la balija que contenía aquellos despachos. El riesgo era tan terrible como inminente: alguno de los sublevados había dado con el parte á Murat y puéstose á examinarlo, cuando la hija de Cervellón, que lo estaba observando, se lo arrancó de las manos y lo hizo entre las suyas mil pedazos. La rapidez de acción tan inesperada, la sorpresa que causó en los circunstantes y su admiración al aspecto de la heroica doncella que, con mirada tan imponente como serena y firme, los contemplaba como satisfecha de aquella su abnegación patriótica y cristiana, desarmó á todos, y así salvó á cuantos con su firma en tan torpes y cobardes documentos parecían haber firmado también su sentencia de muerte.

Afortunadamente se había constituido en alma de la sublevación de Valencia un fraile franciscano, el P. Rico, cuyos hábitos no le impedían capitanear las turbas á pie, á caballo ó en coche, electrizándolas con su palabra fácil, arrebatadora ó imponente según el caso y las ocasiones. Algo contribuyó así á que no tuviera consecuencias funestas el rasgo admirable de la hija del conde de Cervellón, marquesa luego de Noguera; pero, de todos modos, la opinión en aquellos tan críticos momentos y la fama después, no han dejado de prodigar á la heroína valenciana los más calurosos loores perpetuando la memoria de su ha-

zaña conducta en tan difíciles y pavorosas circunstancias. Y para demostraros si eran así las que atravesaba Valencia en aquellos días, me bastará deciros que ni el Padre Rico podía muy poco después salvar al barón de Albalat que, dejando el refugio de la casa de Cervellón, fué asesinado al buscar el de la Ciudadela, ni estorbar la acción sanguinaria, verdaderamente salvaje, del canónigo de San Isidro, de Madrid, D. Baltasar Calvo que, apoderándose de aquella fortaleza y dominándola desde su más alta y robusta torre, dictaba á todo Valencia, como Tiberio á Roma desde Capri, sus abominables órdenes.

He aquí cómo he descrito yo la situación entonces de Valencia: «Desde aquel momento la muerte y la desolación se aposentaron en la fortaleza, y el asombro y el terror se difundieron entre las autoridades y los habitantes de Valencia. Los franceses (allí presos desde el principio del alzamiento), impulsados por el hipócrita canónigo á buscar en la fuga su salvación, que él les decía con acento compungido desear vivamente, encontraron al querer salir de la ciudadela por una puerta que da al campo, la turba de sicarios que tenía preparada aquel hombre feroz para la ejecución de su diabólico plan. Sólo hubo compasión, y esta fingida, para unos pocos, á quienes á ruego de los sacerdotes y de algunos vecinos honrados y bastante valerosos para arrosstrar á aquella fiera, se permitió la salida, para ser después sacrificados en la Plaza de Toros: los demás fueron asesinados uno tras otro, lentamente, sin atender á sus ruegos y lágrimas y sin otro consuelo que el espiritual que algunos pocos tuvieron tiempo de recibir en aquella escena de horror y desesperación.»

Para borrar esa mancha sobre nombre de la hermosa y felicísima ciudad de Valencia, se hace necesario recordar su alzamiento, uno de los primeros en el general de España contra Napoleón; su conducta al rechazar aquel mismo año al mariscal Moncey que pretendió conquistarla, como Suchet en 1810; el sacrificio del valentísimo Romeu, negándose á reconocer al intruso rey francés y proclamando desde lo alto del patíbulo al español y legítimo; pero sobre todo la espontánea, generosa, sublime hazaña de la hija del conde de Cervellón, salvadora de los próceres, bien miopes é ilusos, por cierto, que gobernaban aquella con tanta justicia llamada la Perla del Turia.

No andaban más avisados los de Zaragoza cuando, fugitivo de Bayona, asomó á sus puertas el heróico general D. José de Palafox y Melci. También allí hubo resistencia por parte de las autoridades al

movimiento popular; pero antes que en Valencia, y sin atropellos, sin excesos, ni extremados ni sangrientos, se proclamaba de nuevo á Fernando VII; sin que tampoco obstara á ello el espectáculo atmosférico, la brillante y simbólica palma que apareció en el firmamento y que los zaragozanos tomaron por anuncio celeste del martirio que les esperaba.

Palafox, volviendo de la Torre de Alfranca, quinta de los marqueses de Ayerbe en que se había ocultado al sentir rechazados por sus jefes los proyectos de sublevación que les proponía, estableció una Junta ó Consejo que, presidida por él con el carácter de capitán general, que le confirió el pueblo, representara al rey y á su gobierno en Aragón.

Punto tan próximo á la frontera y en situación estratégica de tal importancia, Zaragoza tenía que ser uno de los primeros objetivos de la invasión francesa. Así es que ni tiempo tuvo Palafox para aperebirse á la defensa, falto, además, de recursos militares por ser escasísima la guarnición y hallarse lejos las fuerzas que pudieran correr en su ayuda. Las más próximas, muy cortas también, se hallaban en Lérida, amenazadas por las francesas que regía Duhesme en Barcelona; y las de Madrid permanecían desde el 2 de Mayo bajo la vigilancia y puede decirse que bajo la mano de Murat.

Y sin embargo, ni Palafox ni los zaragozanos se arredraron ante la idea y el fragor del huracán que no tardaría en descargar sobre su inerme y desapercibida ciudad.

(Se continuará)



que parecía que musitaban en su oído frases desconocidas y celestiales; y en aquella sonrisa de gruesos labios, vagaba una idea delicada, finísima; como vida de tísico y rayo de sol que muere, vagaba el secreto de la música.

Seguía con admirable exactitud, nota á nota, interpretando aquel pentágrama de múltiples y encontrados sentimientos, poniendo en sus dedos exquisiteces de ternura infinita. Y el ciego se engrandecía; me pareció un genio y le admiré. Y al terminar la sonata del gran Beethoven, lloró. Nunca he visto ojos más hermosos que sus ojos.

ADOLFO DE LARRAÑAGA.

Portugalete 30 Junio.

LA MUJER EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Conferencia dada recientemente en el Salón de los Luises, en Madrid,

por el General D. José Gómez de Arteche

(CONTINUACIÓN)

Pero ¡qué caudillo aquél!, ¡qué hombres los zaragozanos!, ¡qué frailes, como decía el Mariscal Lannes su enemigo! y, sobre todo, ¡qué mujeres! Decía el célebre Mariscal recordando su hazaña de Zaragoza: «Hoy es necesario desplomar las casas sobre sus habitantes; tomar por asalto los conventos, matar á los frailes que disparan desde lo alto de las ventanas y dispersar á metrallazos á las monjas en las trincheras!»

Sin la tradición, como la homérica del sitio de Troya, cantada por el mundo todo; sin la historia escrita y no desmentida del de Zaragoza, se harían increíbles el número, el temple y las hazañas de las

heroínas que lo ilustraron. Una, María Agustín, coge el fusil del á quien estaba en las avanzadas dándole de beber y le dice: *ponte tras mí, bebe, que yo cuidaré*; otra, Casta Alvarez, tipo de la mujer frenéticamente patriota, armada de un palo en cuyo extremo había fijado una enmohecida bayoneta, corre sobre los puntos enemigos á la cabeza de los defensores, los anima con su palabra tan descompuesta como ardiente y los dirige en los trances más rudos hasta obtener la victoria; Manuela Sancho, cien más, tan valientes como ella, vuelan de un punto á otro llevando municiones y comestibles hasta caer muertas ó heridas en aquel campo de desolación.

Aquí podríamos exclamar como D. Juan Nicasio Gallego al leer los versos de la Avellaneda: «Eran muy hombres aquellas mujeres!»

Pero entre todas esas, que, al decir de alguno, «comprometían á los hombres con acciones temerarias» y sobre todas, brillan como constelaciones heróicas representando el valor más ardiente, la furia española hecha histórica desde las edades más remotas, y la abnegación más sublime en honor de la Patria y en amparo á la desgracia, brillan, repito, una pobre huérfana y desvalida, inspirada por el amor, y una dama ilustre que hace traducir su patriotismo en los actos más admirables de virtud entre el silbido de las balas y el fragor y los estragos de las bombas enemigas. He dicho en loor de ambas: «La Fama, pregonera infatigable de las acciones brillantes, ha llevado á las extremidades del mundo el nombre de Agustina de Aragón, más popular indudablemente que el de la Bureta, por ser marciales las empresas en que más se distinguiera. Eran naturalezas muy distintas las de aquellas célebres mujeres: delicada, elegante y sentimental la de la Condesa; robusta, enérgica y hasta rústica la de Agustina; haciendo así las dos contraste como para revelar mejor lo general del espíritu que animaba á los zaragozanos en todas sus clases y condiciones.»

Cuando muerto un artillero, su amante y novio, en la batería que atacaba una fuerte columna francesa, coge Agustina el lanzafuegos que aquél tenía en sus manos y dispara, haciendo retroceder al enemigo hasta refugiarse en la Aljafería, presentase Palafox que luego cuenta así tan conmovedora escena: «La joven, dice, brillaba entonces con todo su esplendor, aun envuelta, como estaba, en humo, y me saludó con una desenvoltura igual á su valor. En el momento que terminó el combate, cogí las jinetas del sargento muerto y las coloqué en los

hombros de la amazona, que continuó después peleando en varias otras acciones siempre exaltada y siempre guerrera.»

Doña María Consolación de Azlor y Villavicencio, condesa de Bureta, prima de Palafox y rica y de talento acreditado en la más selecta sociedad de Zaragoza, tiene precisamente que influir en la conducta que sus parientes, amigos y servidores van á observar en ocasión que ha de dar la medida del patriotismo de todo el vecindario cesaraugustano.

La Bureta no irá á combatir en las márgenes del Ebro como si fueran las del Thermodon ó del Tanais, ni, como sus compatriotas Manuela Sancho y Casta Alvarez, se adelantará á las avanzadas del Huerva espada en mano ó el fusil al hombro, no; pero sus rasgos de caridad y su valor al prodigarlos en las barricadas y las calles que intenta conquistar el enemigo, darán á su figura la forma de un angel confortador de tanto infortunio como presencia, y de una heroína digna de la historia y de la epopeya más brillantes. Y no yo, ardiente admirador y cronista interesado por las glorias patrias, ni Palafox su pariente, ni un duque de Montebello queriendo enaltecer el valor de los zaragozanos para así elevar más el suyo propio, sino que un inglés, frío como todos los de su raza y testigo impasible de aquellos sangrientos sucesos, Carlos Ricardo Vaughan en una palabra, dice de la inmortal Condesa: «Vióse con frecuencia á aquella joven ilustre, tan bella y delicada, desempeñar con la mayor sangre fría, en medio de un fuego de fusilería y aun de artillería, de los más terribles, los deberes que se había impuesto; y desde los primeros pasos que dió por aquel camino, no dejó ver en su semblante la más ligera emoción que pudiera indicar el temor de un peligro personal ó que la distrajese ni por un momento de sus humanitarios y patrióticos proyectos.»

El día 4 de Agosto, sobre todo, cuando á la lacónica intimación de Verdier desde el templo, ya conquistado, de Santa Engracia: «Capitulación», contestaba Palafox: «Guerra y cuchillo», fué el en que la condesa de Bureta, mientras junto al teatro del ásalto conducía desde el hospital inmediato á los enfermos y dementes trasladándolos á sitios más resguardados de la furia francesa, hacía cerrar las avenidas de su casa con fuertes barricadas, para luego defenderla hasta morir entre sus deudos y clientes.

Y es que Zaragoza creía ver desde su *Torre nueva* los derruidos muros de Numancia y Calahorra; allí, peleando sus mujeres al lado

de los hombres, y sucumbiendo con ellos en las llamas. Pero provocando aún desde ellas las iras de Escipión; en Calahorra devorando los cadáveres de sus hijos antes que rendirse á Pompeyo; ejemplos de memoria perdurable, y que, seguidos en la ciudad de Augusto con tan raro acuerdo, harían la suya también eterna.

Había, sin embargo, y no lejos de allí, otra ciudad española también, y que asimismo ofreció espectáculo igual, verdaderamente homérico; que si fuera posible exceder á Zaragoza en sus muestras de patriotismo, sería Gerona la que, por temple general de sus habitantes, por noble emulación de sus jefes ó por la fuerza, ya incontrastable, del espíritu público en todo España, no querría ceder á ninguna otra la palma del sacrificio en aras de la Patria.

Se conoce que á D. Mariano Alvarez quitaban el sueño los laureles de Palafox como á Themístocles los de Milciades; porque ni los estragos de la artillería enemiga, ni los repetidos asaltos á las brechas, ni la peste que los sumía en la desesperación, conmovían á aquel hombre de hierro que se había propuesto vencer ó sepultarse en las gloriosas ruinas de Gerona. Ya hubo después general, aunque extranjero, actor en tan tremenda tragedia, que hace á Alvarez, mejor que impertérrito y hábil, supersticioso y así como brutalmente terco, á punto de suponerle esperando del cielo un milagro que salvara la ciudad encomendada á su gobierno.

Benitos y glorificados sean los que, en expectación de esos prodigios, den tiempo y lugar para que, si no de moscas como en el sitio de 1283, llegue en socorro de una plaza un ejército de soldados bastante numeroso y resuelto que haga levantarlo. Esa máxima que parece imposible se escape al talento de un general que, como Fournas, sea valiente, católico y por añadidura francés.

También allí como en Zaragoza, y con más organización y en superior número, llegaron á distinguirse las Gerundenses por su valor y sus servicios. Conociendo Alvarez el fruto que podía sacarse del entusiasmo con que se ofrecían las mujeres de todas las clases de la ciudad á cooperar á la defensa con los habitantes y con las tropas de la guarnición, formó en Mayo de 1809 una compañía que tituló de *Santa Bárbara*, con las que ya se habían hecho notar desde principios del sitio. Y tal fué ese fruto, que en Julio eran cuatro las compañías, mandadas por señoras cuyos nombres bien merecen proclamarse en todas partes para que se perpetúe la memoria de tan preclaras heroí-

nas, honra de su sexo y de la nación toda. La compañía de D.^a Lucía Jonama y Fitzgerald, como las demás, de 30 mujeres, estuvo destinada al baluarte de San Pedro y muralla de Santa Lucia; la de D.^a María Angela Bivern ocupaba la plaza de San Francisco y una brecha inmediata; la de D.^a Ramira Nouvilas se había situado en la plaza del Vino y baluarte de la Merced, y la de D.^a Carmen Custi en la plaza del Hospicio y baluartes del Mercadal.

Pero, ¿qué más? al subir Alvarez al castillo de Monjuich, para con su presencia acalorar la defensa de la brecha abierta y furiosamente asaltada por los franceses, llevóse consigo, y con los necesarios refuerzos de tropas, un destacamento de aquellas valerosísimas amazonas para, como lo hicieron y muy cumplidamente, «conducir, cual dice un gran historiador, en parihuelas al hospital de sangre de San Pedro de Galligans, á los que caían heridos por las balas enemigas».

A algunas de aquellas señoras de las más ilustres casas de Gerona, he conocido yo, ¡tantos años cuento!, redeadas de la flor de aquella sociedad, queridas y admiradas de cuantos allí y en todas partes puedan alardear de los más altos sentimientos de virtud y patriotismo.

La fatiga y las balas, el hambre y las enfermedades, mermaron el número ya habréis visto que considerable, de aquella legión de heroínas; acabando las que el cansancio y la peste había respetado, cuando su ínclito gobernador, el general Alvarez cayó, así como cuerpo muerto, víctima de la epidemia también y sin conocimiento de la capitulación que entretanto elaboraron los que sin su santo entusiasmo y sin su invencible coraje creían inútil todo trabajo de restauración y de defensa. Augereau, el brutal gigante que, después de cubrir de epítetos injuriosos al para él entonces desconocido, *favorito de Barras*, como decía, *general de Vendimiaro y de calle, sin acción ni amigos, osó siempre solo y sin otra reputación que la de matemático y soñador*, confesaba el miedo que le había infundido en su primera entrevista de Albenga al tomar Napoleón el mando del ejército de Italia; pero que luego le insultó cobardemente al presenciar su retirada inerme y sin defensa á la isla de Elva, Augereau, repito, se ensaña en los defensores de Gerona, sin respetar á su heróico jefe y ni aun siquiera al vecindario y sus inimitables mujeres.

(Se continuará)



LA MUJER EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Conferencia dada recientemente en el Salon de los Luises, en Madrid,

por el General D. José Gómez de Arteche

(CONCLUSIÓN)

No os abrumaré, Señoras, más de lo que debéis estar con tan torpe relación como la mía; pero aun cuando os ahorre la del éxodo tristísimo de los prisioneros de Gerona y la misteriosa muerte de D. Mariano Alvarez, su perinclito jefe, atribuida por unos á Augereau y por no pocos á Napoleón, permitidme os repita el apóstrofe que, en caso en algo parecido á éste, pronuncié en la Academia de la historia, no mío, sino de autor extranjero, no interesado, de consiguiente, por nuestras glorias patrias.

«¡Flaquezas del espíritu humano! soberanos y conquistadores caen en el error de Alejandro, el de parodiar á los Dioses, y consideran á sus más valientes adversarios como rebeldes al Destino. Napoleón hubiera conseguido arrancar laureles á las glorias de Zaragoza y de Gerona, y ceñirselos á su diadema, de haber honrado á los defensores: se mostró cruel con ellos, y su nombre corre ahora unido al de la destrucción, como el del genio sangriento de la guerra.»

Pero fuera de Madrid y de Valencia, de Zaragoza y Gerona, por todo el vasto ámbito de la Península en que ardía la guerra, se ve á la Mujer española excederse en los arranques de un patriotismo que la ha hecho tan simpática como admirada.

Una, es la que rompe el fuego en las salvas con que Badajoz celebra los días del *Deseado* rey D. Fernando VII, secuestrado en Bayona; las damas sevillanas y de Utrera confeccionan los uniformes y los equipos de los improvisados vencedores de Bailén; pululan aldeanas y señoras en las innumerables guerrillas que pelean en las provincias animando á sus gentes contra los franceses, sus enemigos, y no pocas veces luchando cuerpo á cuerpo con ellos; en el campo y en los pueblos se muestran tan hoscas y aun tan hostiles que llegan á imponer á los soldados de Napoleón, venidos de vencer á austriacos, prusianos y rusos, cuyas mujeres les han recibido, según algún historiador, con los brazos abiertos. Se me resiste traducir del libro de ese escritor francés las vergonzosas frases con que compara las campañas de sus compatriotas en Alemania con las interminables, sangrientas y funestas de España, así como la conducta pacífica y hasta afectuosa de las mujeres de otros países con la ruda y alevosa y asesina de las españolas. Y aún sin eso podéis figurárosla recordando aquellas guardesas de los alojamientos, en cuyas paredes leía Victor Hugo la fatídica, á la par que lacónica frase, VETE, que hacía augurar al gran poeta la lucha á sangre y fuego que esperaba á sus compatriotas. Precisamente por los días en que creía leer aquella frase que pudiéramos decir babilónica el adolescente que iba á ser una de las mayores glorias de Francia, pasaba por Búrgos, en cuyas cárceles yacía presa y encadenada una infeliz viuda por tener dos hijos sirviendo en las guerrillas de tan famoso Cura Merino. Creíase perdida; y desde la prisión de donde no esperaba salir sino para el patíbulo, decía á cuantos parientes ó amigos iban á verla: *Decid á mis hijos que no se pasen á los franceses; que defiendan la religión, y que si muero, espero en Dios morir como cristiana.*

«Admirados hasta los mismos franceses, decía al poco tiempo el *Semanario Patriótico*, periódico del gran Quintana, de tanta serenidad y firmeza, la pusieron en libertad.»

Eso hará veros por cuánto entraba en aquella tan larga y obstinada lucha la idea religiosa, que así encendía los ánimos, sobre todo en la mujer española, teniendo por enemigos del catolicismo á los franceses, particularmente á su invicto César, ya por su conducta con el Papa, que se tenía por sacrílega, ya por sus célebres discursos al Mufti del Cairo que tanto entusiasaban á Mme. Staël.

Familias enteras se ofrecen en holocausto á la Patria; entre muchas

que os podría citar, la de un alcalde de Montellano, de la que las hembras, como los varones, perecieron entre las llamas de la casa, incendiaria por los franceses, pero vendiendo caras sus vidas y rodeándola de cadáveres como la pira de los héroes de los de sus gladiadores y esclavos.

De esos casos, repito, os podría recordar muchos; pero aun sin ser igual, sin tener ese carácter verdaderamente antiguo, no quiero que pase como desatendida la conducta de las Gaditanas en el sitio celeberrimo de la ciudad hercúlea. El vecindario de Cádiz formaba una familia, siquier heterogénea y abigarrada, que decidida a defender aquel recinto, tabernáculo sagrado de la independencia española, supo mantenerlo intangible durante tres años sirviendo de refugio seguro á los vencidos en las demás partes de la Península, de foco potentísimo para dar calor á la sublevación en todas, y de centro de acción política é internacional para el Gobierno de la Nación comunicar con los de todos los enemigos de la Francia.

Y entre tanto, el fuego de los sitiadores que hacia llover sobre Cádiz los enormes proyectiles, recientemente inventados por sus artilleros, no impidió ni la elaboración del Código Constitucional proclamado el 19 de Marzo de 1812, ni las expansiones de la alegría que se ha hecho proverbial en las Gaditanas. No os son desconocidas aquellas fiestas que poetas é historiadores han dado á conocer en sus versos y crónicas, junto á las hazañas de nuestros soldados en sus salidas al campo enemigo, y menos las ingeniosísimas canciones de las damas que tanto habian de mortificar el orgullo de los franceses, como burla dirigida á sus imponentes esfuerzos, hechos allí inútiles, así como á sus baladronadas insultantes, contestadas con tanta arrogancia como valor.

No hay sino leer las Memorias del gran orador Alcalá Galiano, allí presente durante el sitio, y las del distinguido cronista D. Adolfo de Castro, para comprender que las damas de Cádiz, no pocas de las más linajudas de la Corte, como las marquesas de Villafranca, Rábago, Casa-Sarria y Pontejos, constituyeron un elemento eminentemente defensivo en Cádiz, como, aunque en distinta forma, en las demás provincias sublevadas.

No hay en Europa nación que haya presentado espectáculo como el ofrecido por España en su guerra de la Independencia. No es sólo la lucha de los ejércitos combatiendo en línea con sus hombres armados

de todas piezas, fusiles y cañones, de la tormentaria toda que los chinos, los árabes ó el fraile Schwartz nos proporcionaron con su peregrina invención de la pólvora; es también *la guerra de fuego* como se ha llamado á la que hicieron nuestros antecesores más remotos al ver en peligro su libertad, sus gentes y sus hogares. España aparece no en la forma eminentemente militar, alguno diría técnica, á que se da el nombre de *La Nación armada*, con todo el aparato de cuerpos de ejército y divisiones, de las grandes masas de jinetes acorazados y de una artillería antigua al día siguiente de inventada; de las variadísimas reservas que no pueden contarse sino por centenares de miles y aun de millones de hombres arrancados á la agricultura y á la industria: nó; España opone á su formidable enemigo, acostumbrado á en una sola batalla conquistar un reino, la resistencia del verdadero patriotismo, el amor al hogar paterno la veneración á la memoria de sus mayores y la fe religiosa; *la virtud*, como dice Montesquieu, *la constancia, la fuerza y la pobreza que no se agotan jamás*.

Y vosotras, Señoras, dignas representantes de insignes matronas, cual las de Esparta, no satisfechas con inspirar á sus hijos y deudos el espíritu patrio que habría de enaltecerles volviendo *con el escudo o sobre el escudo*, coronados de gloria ó, si yacentes en él, cubiertos de laureles; vosotras, por cuyas venas corre la sangre de tantos ilustres guerreros, vencedores en Bailén, Talavera y San Marcial, ó que aun vencidos salvaron con su sin igual pertinacia la Independencia de España, no reneguéis de tan nobilísimos sentimientos é inspirad también en vuestras gentes, en vuestros hijos sobre todo, esa fe religiosa, ese amor al país nativo, ese desapropio generoso de fortuna y rango, hasta de la vida, que constituyen y constituirán siempre la gloria mayor del hombre, de la familia y de la Patria. He dicho.

